

POR EL MUNDO

MAKSIM GORKI

TRADUCCIÓN DEL RUSO
DE ENRIQUE MOYA CARRIÓN



TÍTULO ORIGINAL: В людях

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Españoleto 4, 2º Izq - 28010 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© Maxim Gorky estate.
© de la traducción, Enrique Moya Carrión 2012
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U 2012
© de la ilustración de cubierta, Natalia Zaratiegui 2012
Esta publicación se ha realizado con la colaboración de ELKOST Intl. Literary Agency

Derechos exclusivos de traducción en lengua española:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-04-2
DEPÓSITO LEGAL: M-16735-2012

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Mayo de 2012

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos..

I

Y de ese modo me fui por el mundo. Trabajaba de *mozo* en una tienda de calzado en la calle principal de la ciudad.

Mi amo era un hombrecillo pequeño y redondo. Tenía la cara parda y difuminada, los dientes verdes y los ojos del color del agua sucia. Yo tenía la sensación de que estaba cegato y, queriendo cerciorarme de ello, me dedicaba a hacerle muecas.

—No tuerzas el gesto —me decía él en voz baja pero con severidad.

Me resultaba desagradable que esos ojos turbios me mirasen pese a que yo no acababa de tener la certeza de que pudiesen ver: ¿sería posible que el amo adivinase que yo me dedicaba a ponerle muecas?

—Te he dicho que no tuerzas el gesto —insistía en tono aún más grave sin apenas mover sus gruesos labios.

—No te rasques los brazos —llegaba hasta mí, como arrastrándose, su sordo murmullo—. Trabajas en una tienda de primera clase en la calle principal de la ciudad, ¡tienes que recordarlo! El mozo debe permanecer de pie junto a la puerta, como una efigie.

Yo no sabía qué era una efigie, pero no podía dejar tranquilos ninguno de mis dos brazos. Los tenía cubiertos de manchas rojas y úlceras hasta la altura del codo: el ardor de la sarna me picaba de un modo insoportable.

—¿A qué te dedicabas en casa? —me preguntó el amo examinándome las manos.

Se lo conté. Él balanceó la cabeza redonda, completamente cubierta de cabellos grises, y dijo en tono ofensivo:

—La trapería es peor que la mendicidad, peor que robar.

Así que le aclaré orgulloso:

—Pues ya que lo dice, también robaba.

Entonces, tras poner las manos sobre la mesa, tal como haría un gato con sus patas, posó asustado sus ojos vacíos en mi rostro y siseó:

—¿Quééé? ¿Cómo que robabas?

Así pues, le expliqué cómo y qué.

—Bueno, pasemos eso por alto. Pero si llegaras a robarme unos zapatos o dinero, te mando a la cárcel hasta la mayoría de edad.

Pronunció aquellas palabras sin alterarse. Yo me asusté y le tomé aún más inquina.

Además del amo, atendían la tienda mi primo, Sasha Yákovlev, y el encargado jefe, un hombre hábil, pegajoso y sonrosado. Sasha llevaba una levita de color rojizo, pechera, corbata y pantalones hasta los tobillos: se sentía tan orgulloso que no reparaba para nada en mí.

Cuando el abuelo me llevó a la tienda del amo y pidió a Sasha que me ayudara, que me enseñara, Sasha frunció el ceño ostensiblemente, a modo de advertencia:

—¡Tiene que obedecerme!

Poniendo la mano sobre mi cabeza, el abuelo me obligó a inclinar el cuello.

—Obedécele, es tu superior tanto por edad como por posición.

En ese mismo instante, Sasha, con los ojos abiertos como platos, recalcó:

—¡Recuerda lo que ha dicho el abuelo!

Y desde el primer día comenzó a hacer un uso esmerado de su posición.

—Kashirin, no pongas ojos de plato —le aconsejaba el amo.

—Pero si no estoy haciendo nada —respondía Sasha inclinando la cabeza. No obstante, el amo no lo dejaba tranquilo:

—No te enfurruñes, los clientes van a pensar que eres un macho cabrío...

El encargado se reía respetuoso, el amo sacaba monstruosamente sus labios hacia fuera y Sasha, rojo como un tomate, se escondía detrás del mostrador.

A mí no me gustaba aquella forma de hablar, no comprendía gran cantidad de sus palabras y, a veces, me daba la impresión de que aquellas personas estuviesen hablando un idioma extraño.

Cuando entraba una clienta, el amo sacaba la mano del bolsillo, se acariciaba el bigote y afloraba a su rostro una melosa sonrisa. Esta, cubriendo de arrugas sus mejillas, no conseguía iluminar aquellos ojos ciegos. El encargado se estiraba pegando bien los codos a los costados mientras agitaba respetuosamente sus manitas al aire. Sasha pestañeaba con timidez, tratando de ocultar sus ojos saltones, y yo me quedaba de pie junto a la puerta, rascándome los brazos con disimulo y observando el ritual de la venta.

De rodillas delante de la clienta, el encargado le probaba un botín, abriendo asombrosamente los dedos. Le temblaban las manos y tocaba la pierna de la mujer con tanta delicadeza como si temiese rompérsela y, sin embargo, se trataba de una pierna gorda, parecida a una botella de cuello estrecho con la boca hacia abajo.

Una vez, una señora dijo agitando el pie y estremeciéndose:

—Ah, me está haciendo cosquillas...

—Esto es cortesía de la casa —le explicó rápida y efusivamente el encargado.

Era gracioso ver cómo se arrimaba a la clienta así que, para no réirme, me volví hacia el cristal de la puerta. Pero no

era capaz de resistirme a contemplar la venta: me distraían mucho las maneras del encargado y, al mismo tiempo, pensaba que nunca aprendería a extender tan formalmente los dedos ni a calzar con tanta destreza unos botines en unos pies ajenos.

A menudo sucedía que el amo salía de la tienda a una pequeña recámara que había detrás del mostrador y llamaba desde allí a Sasha. El encargado se quedaba cara a cara con la clienta. Una vez, después de acariciar los pies de una mujer pelirroja, juntó sus dedos con un golpe del pulgar y se los besó.

—¡Ah —suspiró la mujer—, qué travieso es usted!

Él infló los carrillos y pronunció con dificultad:

—¡Mmm!

En ese instante, me empecé a carcajear de tal modo que, temiendo que mis piernas no pudiesen sostenerme, me colgué del tirador de la puerta, esta se abrió, mi cabeza chocó contra el cristal y lo rompí. El encargado empezó a patearme, el amo me golpeó en la cabeza con una gruesa sortija de oro, Sasha trató de tirarme de las orejas y, por la tarde, cuando íbamos de vuelta a casa, me aleccionó rigurosamente:

—¡Te van a echar por culpa de estas trastadas! ¿Y qué tenía aquello de gracioso?

Entonces me explicó: si el encargado gusta a las señoras, el negocio va mejor.

—Aunque una señora no necesite unos zapatos nuevos, vendrá a comprarlos con tal de ver a un encargado agradable. ¡Pero tú eso no lo comprendes! Siempre hay que estar pendiente de ti.

Eso me ofendió: nadie estaba pendiente de mí y menos él.

Por las mañanas, la cocinera, una mujer enfermiza y malhumorada, me despertaba una hora antes que a él. Yo limpiaba el calzado y la ropa de los amos, del encargado y

de Sasha, ponía el samovar, traía leña para todos los hornos y limpiaba las fuentes para la comida. Una vez en la tienda, barría el suelo, quitaba el polvo, preparaba el té, repartía la mercancía entre los clientes e iba a casa a por la comida. Entretanto, mis obligaciones en la puerta las desempeñaba Sasha quien, considerando que aquello degradaba su dignidad, me regañaba:

—¡Comodón! Haz tu trabajo...

Aquello me resultaba penoso y aburrido, pues yo estaba acostumbrado a gozar de mi independencia desde la mañana hasta la noche sobre las polvorientas calles de Kunávino, a la orilla del turbio Oká, en el campo o en el bosque. Me faltaban la abuela, mis colegas, no tenía a nadie con quién hablar, esa vida me irritaba mostrándome su faceta más desagradable y falsa.

Tampoco era extraño que la clienta se marchara sin haber comprado nada, y entonces ellos tres se sentían ofendidos. El amo escondía en el bolsillo su melosa sonrisa y me ordenaba:

—¡Kashirin, recoge el género!

Y maldecía:

—¡Y venga a hacer sacar cosas, la cochina! Se aburre sentadita en casa, la tonta, y se va a recorrer tiendas. Si fueses mi mujer, yo a ti...

Su mujer, seca, con los ojos negros y la nariz prominente, le daba patadas y le gritaba como si fuese un criado.

Con bastante frecuencia, después de haber atendido a una clienta habitual con sus corteses reverencias y sus amables palabras, se ponían a hablar de ella sin decoro ni vergüenza alguna, provocando en mí el deseo de salir corriendo a la calle, alcanzar a la mujer en cuestión y contarle en qué términos se referían a ella.

Yo, evidentemente, sabía que en general, a sus espaldas,

las personas hablaban mal los unos de los otros, pero es que ellos hablaban de todo el mundo de un modo especialmente indignante, como si hubiesen sido reconocidos por alguien como los mejores seres humanos y hubieran sido designados jueces del mundo. Sentían envidia de muchas personas, nunca alababan a nadie y sabían algo malo de cada una de ellas.

En cierta ocasión, llegó a la tienda una mujer joven, con vivos colores en las mejillas y ojos brillantes. Iba vestida con una esclavina de terciopelo con el cuello de piel negra y su rostro resaltaba sobre el negro cuero como una flor maravillosa. Al dejar caer la esclavina de los hombros sobre los brazos de Sasha, se presentó ante nuestros ojos aún más hermosa: su esbelto talle estaba cubierto por una seda de color gris azulado y en sus orejas refulgían unos brillantes. Me recordó a la hermosa Vasilisa¹ y estaba seguro de que era la mismísima gobernadora en persona. La recibieron con especial respeto, inclinándose ante ella como ante el fuego, atragantándose con sus amables palabras. Los tres iban corriendo de un lado a otro de la tienda como demonios. Sobre los cristales de las vitrinas se deslizaban sus reflejos y daba la impresión de que todo estuviese siendo devorado por las llamas, que todo se fundiese para renacer con otro aspecto, otra forma.

Pero cuando, después de escoger sin mucho detenimiento unos zapatos caros, se hubo marchado, el amo, emitiendo un chasquido con la lengua, dijo con voz sibilante:

—Perra...

—En una palabra, actriz —rezó con desprecio el encargado.

Y así empezaron a enumerar tanto el uno como el otro los amantes y las orgías de la señora.

Después de comer, el amo se echaba a dormir en la habi-

1 Personaje de los cuentos populares rusos.

tación de la trastienda y, entonces, yo me dedicaba a abrir su reloj de oro para echar unas gotitas de vinagre en el interior del mecanismo. Me resultaba muy divertido ver cómo él, al despertarse, salía a la tienda con el reloj entre las manos y farfullaba perplejo:

—¿Qué prodigio es este? ¡De repente el reloj suda! ¡Nunca había sucedido nada igual, un reloj que suda! ¿Será acaso un mal presagio?

A pesar de la abundante actividad del local y del trabajo de la casa, tenía la sensación de estar sumido en el tedio más insoportable y, cada vez con mayor frecuencia, pensaba en qué tendría que hacer para que me echasen de la tienda.

Las personas, completamente cubiertas de nieve, pasaban en silencio por delante de la puerta de la tienda: parecía que fuesen a enterrar a alguien a quien acompañasen al cementerio, pero que hubiesen llegado tarde al cortejo y tuviesen prisa por alcanzar el féretro. Temblaban los caballos al superar a duras penas los montones de nieve. En el campanario de la iglesia de detrás de la tienda, cada día las campanas recordaban con tristeza que estábamos en cuaresma. Los golpes de los badajos retumbaban en la cabeza como los de una almohada: no causaban dolor y, sin embargo, te dejaban aturdido y sordo.

Una vez, mientras descargaba en el patio junto a la puerta de la tienda un cajón que acababa de llegar con nueva mercancía, se acercó a mí el guarda de la iglesia, un viejecito patizambo, tan blandito como si estuviera relleno de trapo y tan despeluchado como si unos perros le hubiesen atacado.

—Hombre de Dios, ¿podrías hacerte con unos chanclos para mí, eh? —me propuso él.

Yo me quedé callado. Tras sentarse en el cajón vacío, bostezó, se santiguó los labios y repitió:

—¿Podrías hacerte con ellos, eh?

—¡No se puede robar! —le expliqué yo.

—Y, sin embargo, se roba. ¡Hazlo por un viejo!

Él era gratamente diferente a las personas entre las que yo vivía. Y como tenía la sensación de que él estaba completamente seguro de mi predisposición para cometer aquel robo, acordé darle los chanclos a través del postigo de la ventana.

—Bien, conforme —dijo él tranquilamente, sin demostrar alegría alguna—. ¿No me estarás engañando? Bueno, bueno, ya veo que no me engañas...

Permaneció un minuto sentado en silencio triturando la nieve sucia y a medio derretir con la suela de su bota, encendió la pipa de barro y, como si tal cosa, me dio un buen susto:

—¿Y si fuese yo el que te estuviese engañando? ¿Y si cojo los chanclos, se los llevo a tu amo y le digo que me los has vendido por una *poltina*²? ¿Eh? ¡Su precio supera los dos *tselkovis*³ y tú, sin embargo, los vendes por una *poltina*! Para golosinas, ¿eh?

Yo lo miraba atónito, como si ya hubiese cumplido su amenaza: hablaba en voz baja y gangosamente mientras se contemplaba la bota y dejaba escapar las bocanadas de humo azul.

—Imagina, por ejemplo, que tu amo me hubiese pedido: ve y pon a prueba al muchacho para ver hasta qué punto es un ladrón. ¿Qué pasaría entonces?

—Ya no te doy los chanclos —dije enfadado.

—¡Ahora ya no puedes hacer eso, lo has prometido!

Me cogió de la mano, me atrajo hacia él y, golpeándome en la frente con su dedo frío, prosiguió con parsimonia:

—¡Cómo has hecho eso, así, sin comerlo ni beberlo, anda,

2 Moneda de cincuenta copecs.

3 Moneda de plata equivalente a un rublo.

toma!

—Tú mismo me lo pediste.

—¡Pedir, yo puedo pedir muchas cosas! Si te pidiese que expoliaras la iglesia, entonces, ¿qué, la expoliarías? ¿Acaso se puede confiar en las personas? Ah, tontuelo...

Y después de darme un empujón, se levantó.

—No necesito unos chanclos robados, yo no soy un señor y no llevo chanclos. Solo era una broma. Pero por tu inocencia, cuando llegue la Pascua, te dejaré subir al campanario, podrás tocar las campanas, verás la ciudad...

—Ya conozco la ciudad.

—Desde el campanario es más bonita.

Enterrando las puntas de sus botas en la nieve, se marchó parsimoniosamente doblando por la esquina de la iglesia mientras yo, siguiéndolo apesadumbrado con la mirada, pensaba asustado: ¿estaría realmente bromeando el viejecito o habría sido enviado en secreto por mi amo para ponerme a prueba? Tenía miedo de volver a la tienda.

Sasha salió al patio de un salto y se puso a gritar:

—¡A qué demonios te dedicas!

Iracundo, lo amenacé sin más con las tenazas.

Yo sabía que él y el encargado robaban al amo: ocultaban un par de botas o de zapatos en el caño del horno y después, al irse de la tienda, se las escondían en las mangas del abrigo. Eso no me gustaba y, además, me asustaba, pues aún tenía en mente la amenaza del amo.

—¿Tú robas? —le pregunté a Sasha.

—Yo no, el encargado —replicó él secamente—, yo solo le ayudo. ¡Él me pide que le haga un favor! Tengo que obedecer porque, en caso contrario, me haría una jugarreta. ¡Mira al amo! Ayer mismo era él el encargado, de modo que está al tanto de todo. ¡Así que tú, calladito!

Mientras hablaba, se miraba en el espejo y se recolocaba la corbata con los mismos movimientos antinaturales que describían los dedos extendidos del encargado. No se cansaba de demostrar su superioridad y poder sobre mí, me chillaba con voz grave y, cuando me daba órdenes, estiraba la mano hacia delante como si hiciese ademán de empujarme. Yo era más alto y más fuerte que él, pero huesudo y patoso, mientras que él era gordito, blanducho y grasiento. Con su levita y sus pantalones rectos me parecía que tenía un aspecto importante, respetable, y, sin embargo, había en su persona algo desagradable y ridículo. Él odiaba a la cocinera, una mujer extraña sobre la que resultaba imposible afirmar si era buena o mala.

—Lo que más me gusta en el mundo son las peleas —decía ella abriendo desproporcionadamente sus ojos negros y centelleantes—. Para mí no hay nada como una pelea: ¡me da igual que sean gallos los que se peleen, perros u hombres!

Y si en el patio se pegaban unos gallos o unos palomos, ella, abandonando su trabajo, observaba la refriega hasta que terminaban, mirando por la ventana, sorda y muda. Por las tardes, nos decía a Sasha y a mí:

—¡Qué, muchachitos, estáis ahí sentados mirando las musarañas, podríais pegaros!

Sasha se enfadaba:

—¡Yo para ti, tonta, no soy un muchachito, soy el segundo encargado!

—Bueno, yo al tal señor no lo veo. ¡Para mí, mientras sigas soltero, serás un niño!

—Tonta, cabeza de chorlito...

—Es listo el demonio, por eso Dios no lo quiere.

Sus proverbios irritaban a Sasha en extremo. Él se burlaba de ella pero, entonces, la cocinera, dirigiéndole una mirada despreciativa, le decía:

—¡Eh tú, cucaracha, desecho de Dios!

En más de una ocasión, él trató de persuadirme para que le untáramos la cara con betún u hollín mientras ella dormía, o para que le pusiéramos alfileres en la almohada o, simplemente, para que nos *burláramos* de ella de cualquier otra manera, pero a mí me daba miedo la cocinera y, además, ella tenía el sueño ligero y, a menudo, tan solo dormitaba. Cuando se despertaba, encendía la lámpara y se sentaba en la cama, dirigiendo su mirada hacia algún rincón. A veces se acercaba a mí por detrás del horno y, despertándome, me pedía con voz ronca:

—No consigo dormirme, Lekseika, algo me inquieta, anda, charla un poquito conmigo.

Entre sueños le contaba cualquier cosa mientras ella se sentaba en silencio y se balanceaba. Me daba la impresión de que su cuerpo caliente olía a cera e incienso y de que iba a morir pronto. Quizá en ese preciso momento pegara un tropezón, se abriera la cabeza contra el suelo y muriese. El miedo me incitaba a elevar la voz, pero ella me advertía:

—¡Ssh! O esos canallas se van a despertar y van a pensar que eres mi amante.

Ella se sentaba junto a mí y siempre en la misma postura: encorvada, con las manos entre las rodillas y apretando sus huesudas piernas. No tenía pechos e, incluso a través de la gruesa tela de la camisa, podían apreciarse sus costillas como si se tratara de los flejes de un tonel carcomido. Permanecía un buen rato en silencio hasta que, de pronto, susurraba:

—Si muriese, qué más daría, es todo tan triste...

O le preguntaba a alguien:

—En realidad, ya estoy muerta ¿no?

—¡Duerme! —decía ella interrumpiéndose a media palabra. Se incorporaba y, gris, se difuminaba sin hacer ruido

entre las tinieblas de la cocina.

—¡Bruja! —la llamaba Sasha a sus espaldas.

Yo le propuse:

—¡Dile eso a la cara!

—¿Crees que me da miedo?

No obstante, de inmediato se arrugó diciendo así:

—¡No, a la cara no se lo pienso decir! Puede que sea de verdad una bruja.

Trataba a todos con desdén y hastío y a mí tampoco me consentía ninguna alegría. Me pegaba un tirón del pie a las siete de la mañana y me gritaba:

—¡Ya has dormido bastante! ¡Vete a por leña! ¡Pon el samovar! ¡Pela las patatas!

Sasha se despertaba y se quejaba:

—¿Qué gritas? Le voy a decir al amo que es imposible dormir...

Moviendo con rapidez sus huesos consumidos de un lado a otro de la cocina, lo miraba haciendo centellear sus ojos hinchados por el insomnio:

—¡Ah, desecho de Dios! Si fueses mi hijastro te desplumaría.

—Maldita —la insultaba Sasha y, luego, de camino a la tienda me insistía—: Es necesario hacer algo para que la larguen. Hay que echar más sal a todo sin que se dé cuenta, si todo le sale salado, la echarán. ¡Y si no, queroseno! ¿Por qué te achantas?

—¿Y tú?

Él gruñó enfadado:

—¡Cobarde!

Sin embargo, la cocinera murió ante nuestros propios ojos: se inclinó para levantar el samovar pero, de pronto, se quedó sentada en el suelo como si alguien le hubiese dado un empujón en el pecho y, a continuación, cayó sobre un costado

extendiendo sus manos hacia delante mientras de su boca comenzaba a brotar la sangre.

De inmediato, los dos comprendimos que había muerto pero, atenazados por la impresión, nos quedamos contemplándola un buen rato, incapaces de pronunciar palabra. Finalmente, Sasha salió a todo correr fuera de la cocina y yo, sin saber qué hacer, me coloqué junto a la ventana, a la luz. Llegó el amo, se puso en cuclillas preocupado, palpó el rostro de la cocinera con un dedo y dijo:

—Ha muerto, efectivamente... ¿Qué ha pasado?

Y empezó a persignarse en un rincón ante una pequeña imagen de San Nicolás el Hacedor de Milagros. Cuando hubo finalizado la oración, me mandó desde el zaguán:

—¡Kashirin, corre, cuéntaselo a la policía!

Llegó un policía, perdió un poco el tiempo, le dieron para un té y se marchó. Más tarde apareció de nuevo, y con él un carretero. Cogieron a la cocinera por los pies y por la cabeza y la sacaron a la calle. El ama, que miraba desde el zaguán, me ordenó:

—¡Limpia el suelo!

Y el amo dijo:

—Mejor que haya muerto por la tarde...

Yo no comprendía por qué era mejor. Cuando nos echamos a dormir, Sasha me dijo con una dulzura insólita:

—¡No apagues la lámpara!

—¿Tienes miedo?

Él se tapó la cabeza con la manta y permaneció mucho tiempo callado. La noche transcurría en silencio, como si estuviese prestando atención a alguna cosa, como si estuviese esperando algo, y yo tenía la sensación de que en cualquier instante empezarían a repicar las campanas y que, de improviso, todos en la ciudad saldrían corriendo y empezarían a

gritar dominados por una gran confusión, por el miedo.

Sasha asomó la nariz desde debajo de la manta y me propuso en voz baja:

—¿Vamos a acostarnos juntos en el catre del horno?

—En el horno hace calor.

Después de permanecer callado un instante, dijo:

—¿Cómo ella, de golpe, eh? Para que veas que sí que era una bruja... No consigo dormirme...

—Yo tampoco puedo.

Empezó a hablarme de los difuntos, sobre cómo ellos, saliendo de las tumbas, vagaban hasta la medianoche por la ciudad buscando el lugar donde habían vivido o en el que aún les quedasen parientes.

—Los difuntos solo recuerdan la ciudad —decía él en voz baja—, las calles y las casas no las recuerdan.

Todo se fue sumiendo en una quietud cada vez más profunda y sombría. Sasha levantó la cabeza y me preguntó:

—¿Quieres que echemos un vistazo a mi arcón?

Hacía mucho que tenía curiosidad por conocer lo que escondía en el arcón. Él lo cerraba con un candado y, a la hora de abrirlo, siempre tomaba unas precauciones especiales y, si yo trataba de mirar en su interior, me preguntaba con rudeza:

—¿Necesitas algo? ¿Y entonces?

Cuando asentí, él se sentó en la cama sin bajar los pies al suelo y, ya en tono de mandato, me ordenó poner el arcón sobre la cama, a sus pies. Tenía la llave colgada de un cordoncito en el que también llevaba una cruz pegada a su cuerpo. Tras echar un vistazo a los oscuros rincones de la cocina, frunció el ceño con aire de importancia, abrió el candado, sopló la tapa del arcón, como si estuviera caliente, y, finalmente, levantándola, sacó algunos pares de ropa blanca.

El arcón estaba hasta la mitad lleno de cajas de medica-

mentos, de los paquetes de papel multicolor del té y de latas de betún y sardinas.

— ¿Qué es esto?

— Mira, verás...

Abrazó el arcón con los pies y se inclinó sobre él, canturreando sin elevar la voz:

— Al Rey de los cielos...

Yo esperaba ver juguetes: yo nunca había tenido juguetes y siempre me refería a ellos con aparente desprecio, pero en realidad envidiaba a los que los tenían. Me agradaba mucho que Sasha, tan importante él, tuviese juguetes. Aunque los escondiese avergonzado, pues yo podía comprender el motivo de su vergüenza.

Al abrir la primera caja, sacó de ella la montura de unos anteojos, se la colocó sobre la nariz y, mirándome con seriedad, dijo:

— ¡No pasa nada porque no tengan cristales, son unos verdaderos anteojos!

— ¡Déjame verlos!

— No valen para tus ojos. Son para ojos oscuros y los tuyos son muy claros —explicó él carraspeando del mismo modo en que lo hacía el amo y, de inmediato, se puso a escudriñar asustado toda la cocina.

En la caja de betún había botones de todo tipo y en gran cantidad. Me confesó con orgullo:

— ¡Los he ido cogiendo todos en la calle! Yo mismo. Treinta y siete ya...

En la tercera caja aparecieron unos grandes alfileres de cobre que también había cogido en la calle; herrajes de botas, roñosos algunos, rotos y enteros otros; hebillas de zapatos y chanclas; un tirador de cobre, la cabeza rota de marfil de un bastón; un peine de chica, *La oniromancia y el oráculo* y otras

muchas cosas por el estilo.

Durante mis búsquedas de trapos y huesos podría haber recogido sin esfuerzo diez veces más de estas cosas inútiles en tan solo un mes. Las cosas de Sasha me provocaron un sentimiento de desengaño, de confusión y de abrumadora piedad por él. Sin embargo, él examinaba cada pieza con atención, las acariciaba dulcemente con sus dedos, sus gruesos labios sobresalían mucho y, aunque sus ojos saltones miraban con ternura y preocupación, aquellos anteojos proporcionaban a su rostro infantil un aspecto ridículo.

—¿Para qué quieres esto?

Él me miró por un momento a través de la montura de los anteojos y me preguntó con frágil voz de tiple:

—¿Quieres que te regale alguna cosa?

—No, no hace falta.

Por lo visto, ofendido por mi negativa y por mi falta de interés hacia su tesoro, se quedó callado un minuto y luego me propuso en voz baja:

—Coge la toalla, lo limpiaremos todo, está lleno de polvo.

Cuando las cosas quedaron limpias y colocadas, se acurrucó en la cama mirando hacia la pared. Estaba lloviendo, caían gotas a través del techo y el viento arreciaba sobre las ventanas.

Sin volverse hacia mí, Sasha me dijo:

—¡Ya verás, cuando se seque todo en el jardín te voy a enseñar una cosa para morirse!

Yo guardé silencio, disponiéndome a dormir.

Pasaron aún algunos segundos y, de pronto, pegó un salto y, arañando con las manos la pared, empezó a decir con férrea convicción:

—¡Tengo miedo..., Señor, tengo miedo! ¡Señor, perdóname! ¿Qué es eso?

Me quedé paralizado a causa del pavor: me pareció que junto a la ventana que daba al patio, de espaldas a mí, estaba de pie la cocinera con la cabeza inclinada y apoyando la frente en el cristal, tal y como hacía cuando estaba viva para contemplar la peleas de gallos.

Sasha sollozaba, arañando la pared y pataleando. Con mucho esfuerzo atravesé sin mirar la cocina, como quien camina sobre brasas al rojo vivo, y me tumbé a su lado.

Después de llorar hasta el agotamiento, nos quedamos dormidos.

Algunos días después de aquella experiencia hubo una fiesta, los comercios solo trabajaban hasta el mediodía, por lo que podíamos almorzar en casa, y cuando los amos, después de comer, se echaron a dormir, Sasha me dijo con aire misterioso:

—¡Vamos!

Yo adiviné que íbamos a ver esa cosa que estaba para morir.

Salimos al jardín. En un angosto callejón, entre dos casas, crecían una decena y media de tilos viejos: sus poderosos troncos estaban cubiertos con el algodón verde de los líquenes y unas negras ramas desnudas que sobresalían mortecinas. No había ni un solo nido de cornejas entre ellas. No había árboles en el jardín a excepción de estos tilos, que parecían los monumentos de un cementerio; ni arbustos, ni hierba. La tierra de los caminitos estaba firmemente apisonada y negra, como si hubiese sido alquitranada. Allí donde por debajo del follaje marchito del año anterior se podían ver sus calvas también estaba cubierta por el verdín, como el agua estancada por la lenteja de agua.

Sasha dejó atrás una esquina en dirección a la cerca de la calle, se detuvo bajo un tilo y, con los ojos desencajados, dirigió su mirada hacia las sucias ventanas de la casa vecina. Se

puso en cuclillas y apartó con las manos un montón de hojas dejando a la vista una gruesa raíz y, junto a ella, dos ladrillos profundamente metidos en la tierra. Los levantó. Debajo de estos apareció un pedazo de hierro con forma de techumbre y, bajo el hierro, una tablilla cuadrada y, de pronto, se abrió ante mis ojos un gran agujero que partía de la raíz.

Sasha encendió una cerilla y con ella la mecha de una vela, la introdujo en el agujero y me dijo:

— ¡Mira! Pero no tengas miedo...

Al parecer era él quien tenía miedo: la mecha temblaba en su mano y se había quedado blanco, hacía un gesto desagradable con los labios, sus ojos estaban humedecidos y retiraba sigilosamente su mano libre detrás de la espalda. A mí se me contagió su miedo y examiné minuciosamente la profundidad que se abría bajo la raíz, la cual servía de bóveda a la cueva: al fondo Sasha encendió tres velas que colmaron la cueva de una luz azulada. Era bastante amplia, tan profunda como un cubo pero más ancha y tenía los lados completamente alicatados por pedacitos de cristales multicolores y trozos de juegos de té. En medio, sobre una elevación cubierta con un retal de tela de un intenso color rojo, había un pequeño ataúd empapelado con papel de estaño y cubierto hasta la mitad por un pedazo de algo parecido a un manto de brocado bajo el cual asomaban las patas grisáceas de un pájaro y la cabeza de un gorrión con su afilado pico. Detrás del ataúd se elevaba un atril sobre el que descansaba la cruz de cobre que Sasha solía llevar pegada al cuerpo. Alrededor del atril ardían tres puntas de vela clavadas en unos candelabros revestidos con el papel de color plateado y rojo de los bombones.

Las puntas de las llamas se inclinaban hacia la abertura de la cueva. En su interior brillaban tenuemente unas chispas y unas manchas multicolores. El olor a cera, a podredumbre

candente y a tierra me abofeteaba la cara, ante mis ojos crepitaba y danzaba aquel fragmentado arco iris. Todo aquello me proporcionó una lúgubre impresión que apaciguó mis temores.

— ¿Te gusta? — me preguntó Sasha.

— ¿Para qué es?

— Es una capilla — me explicó él—. ¿Se parece?

— No sé.

— ¡Y el gorrión es el difunto! A lo mejor sus restos se convierten en reliquias porque es un mártir que sufrió pese a ser inocente...

— ¿Lo encontraste muerto?

— No, entró volando en el cobertizo, lo cubrí con el gorro y lo asfixié.

— ¿Por qué?

— Porque sí.

Me miró a los ojos y, de nuevo, me preguntó:

— ¿Te gusta?

— ¡No!

Entonces, se inclinó hacia la cueva, la cubrió rápidamente con la tablilla y el hierro, incrustó los ladrillos en la tierra, se puso de pie y, sacudiéndose la suciedad de las rodillas, me preguntó serio:

— ¿Por qué no te gusta?

— Me da pena el gorrión.

Él me miró con los ojos inertes de un ciego y me dio un empujón en el pecho, gritando:

— ¡Idiota! ¡Dices que no te gusta porque te da envidia! ¿Crees que lo que construiste en el jardín de la calle Kanátnaya estaba mejor hecho?

Me acordé de mi cenador y respondí con seguridad:

— ¡Claro que estaba mejor!

Sasha dejó caer de sus hombros la levitilla al suelo y, tras subirse las mangas y escupirse en las palmas de las manos, me propuso:

—¡Siendo así, venga, pelea!

Yo no tenía intención de pelearme, me abrumaba un aburrimiento atroz y me incomodaba mirar la cara enfurecida de mi primo. Él se abalanzó sobre mí, me golpeó con la cabeza en el pecho, me tiró, se sentó encima de mí y empezó a gritar:

—¿A vida o muerte?

Pero yo era más fuerte que él y me enfadé mucho. En un minuto él estaba tumbado bocabajo, gimoteando con los brazos detrás de la cabeza. Me asusté y traté de levantarlo, pero él se revolvía con manos y pies, atemorizándome cada vez más. Me eché a un lado sin saber qué hacer y entonces él, levantando la cabeza, dijo:

—¿Qué, te lo has creído? ¡Ahora me voy a revolcar aquí hasta que los amos me vean y entonces me quejaré de ti y te echarán!

Él me insultaba y amenazaba. Sus palabras me enfurecieron, me arrojé sobre la cueva, saqué las piedras, lancé el ataúd con gorrión incluido a la calle, al otro lado de la cerca, escarbé todo el interior de la cueva y la pisoteé con mis propios pies.

—Bueno, ahí lo tienes, ¿has visto?

Sasha reaccionó de un modo extraño ante mi ataque de ira: sentado en el suelo, con la boca ligeramente entreabierta y las cejas enarcadas, seguía mis movimientos sin decir nada y, en el momento en que terminé, él, sin apresurarse lo más mínimo, se levantó, se sacudió y, echándose la levitilla sobre los hombros, dijo en voz baja y maliciosa:

—¡Ahora verás qué pasa, espera un poco! ¡Lo he preparado especialmente para ti, es un sortilegio! ¡Ajá!

Yo me senté allí mismo, confundido por sus palabras,

mientras todo mi ser era invadido por el frío. Pero él se marchó sin ni siquiera mirarme, desconcertándome aún más con su templanza.

Decidí que huiría al día siguiente de la ciudad, del amo, de Sasha y de su maldición, de toda aquella vida tediosa y estúpida.

Al día siguiente por la mañana, la nueva cocinera, tras despertarme, comenzó a gritar:

—¡Padrecito! ¿Qué le pasa a tu hocico?

«¡La maldición ha comenzado!» —pensé yo abatido.

Pero la cocinera se carcajeaba de modo tan estridente que yo también acabé por sonreír con desgana antes de mirarme en su espejo: tenía la cara completamente untada de hollín.

—¿Ha sido Sasha?

—¡No voy a ser yo! —vociferó socarronamente la cocinera.

Me dispuse a limpiar el calzado, metí una mano en un zapato y un alfiler se me clavó en un dedo.

«¡Ahora sí que se trataba del sortilegio!».

En todas las botas había alfileres y agujas colocadas con tal destreza que se me clavaban en las palmas de las manos. Entonces, cogiendo el cucharón del agua fría, lo vacié con gran placer sobre la cabeza de aquel brujo que aún no se había despertado o que fingía estar dormido.

Sin embargo, me sentía mal: cualquier cosa hacía que me acordara del ataúd del gorrión de grises patas retorcidas y pico de cera lastimeramente alzado hacia arriba mientras, a su alrededor, el centelleo infatigable de unas chispas multicolores parecía pretender inflamar el arco iris sin llegar a conseguirlo. El ataúd se extendía, las uñas del pájaro crecían, se estiraban hacia arriba y temblaban, reviviendo.

Había decidido que me escaparía esa misma noche, pero antes de comer, mientras calentaba en el hornillo un cazo de

*schi*⁴ absorto en mis reflexiones, dejé que alcanzase el punto de ebullición y, cuando me dispuse a apagar el fuego, el cazo se me volcó sobre las manos, de modo que tuvieron que llevarme al hospital.

Recuerdo la tormentosa pesadilla del hospital: en su vacuidad amarilla y vacilante pululaban ciegamente, gruñían y gemían unas figuras grises y blancas amortajadas, en tanto que un hombre delgado cuyas cejas parecían bigotes caminaba con la ayuda de unas muletas mientras se sacudía su gran barba negra y rugía dando silbidos:

— ¡Se lo confesaré al I-lustrísimo!

Los catres parecían ataúdes y los enfermos, tumbados con sus narices hacia arriba, se me asemejaban a gorriones muertos. Las paredes amarillas se balanceaban, el techo se curvaba como una vela y el suelo se estremecía, moviendo y apartando las filas de catres: todo resultaba en cierto modo inseguro, espantoso, y, entretanto, al otro lado de las ventanas despuntaban las ramas de los árboles como varas que alguien sacudiese.

Junto a la puerta bailoteaba un pelirrojo estilizado que parecía un difunto, mientras sostenía la mortaja con sus cortitos brazos chillaba:

— ¡No necesito a los locos!

Y el hombre de las muletas le gritaba en su cara:

— Al I-lustrí-simo...

El abuelo, la abuela y todo el mundo siempre decían que en el hospital martirizaban a la gente, por lo que pensé que mi vida estaba llegando a su fin. Se me acercó una mujer con anteojos y mortaja y se puso a escribir algo sobre una tablilla negra situada a la cabecera de mi camilla. No obstante, la tiza se rompió y sus pedacitos llovieron sobre mi cabeza.

4 Sopa de carne con legumbres.

— ¿Cómo te llamas? — me preguntó ella.

— De ningún modo.

— ¿Tendrás un nombre?

— No.

— ¡No hagas el tonto o te sacudirán!

Antes de que ella apareciera yo ya estaba seguro de que me iban a sacudir, y por eso no le di respuesta alguna. Ella bufó como un gato y desapareció con el sigilo propio de este felino.

Encendieron dos lámparas, sus fuegos amarillos se mecían bajo el techo asemejándose a los ojos de una persona sobresaltada, se mecían y centelleaban cegándome enojosamente y perseverando por aproximarse el uno al otro.

Desde un rincón alguien dijo:

— ¿Jugamos a las cartas?

— ¿Cómo quieres sin una mano?

— ¡Anda, te han cortado la mano!

De inmediato caí en la cuenta: allí te cortaban la mano por el simple hecho de jugar a las cartas. ¿Y qué harían conmigo antes de matarme?

Me quemaban y se me desollaban las manos, como si alguien me hubiese arrancado los huesos de ellas. Comencé a llorar en silencio a causa del miedo y el dolor, y para que no reparasen en mis lágrimas cerré los ojos, pero las lágrimas me levantaban los párpados y corrían por mis sienas cayéndome sobre las orejas.

Llegó la noche y todas las personas se derrumbaron sobre los catres ocultándose bajo unas mantas grises mientras, a cada minuto, todo se volvía más silencioso y solamente en un rincón alguien bisbiseaba:

— Nada bueno saldrá de todo esto, y él es basura, y ella es basura...

Quería escribir una carta a la abuela para que viniese y

me sacase del hospital mientras aún me mantuviese con vida, pero no podía escribir: mis manos no respondían y no tenía con qué. Podría probar, ¿lograría largarme de allí?

La noche cada vez se volvía más mortecina, como si hubiese decidido anclar allí para siempre. Tras apoyar los pies en el suelo sin hacer ruido, me acerqué a una puerta que estaba medio abierta: en el pasillo, bajo una lámpara, en un banco de madera con respaldo, resaltaba y humeaba una cabeza canosa y erizada que observaba desde las oscuras cuencas de sus ojos. No tuve tiempo de esconderme.

— ¿Quién anda por ahí? ¡Ven aquí!

Aquella voz no infundía miedo, era apacible. Me acerqué, miré aquella cara redonda cubierta de cortos cabellos. Sobre su cabeza eran más largos y, circundándola, despuntaban en todas direcciones como si de rayos de plata se tratase. Del cinturón de aquel hombre colgaba un manojito de llaves. Si hubiera tenido la barba y los cabellos más largos se habría parecido al apóstol Pedro.

— ¿Las manos abrasadas? ¿Qué haces merodeando por la noche? ¿Conforme a qué norma?

Me echó sobre el pecho y el rostro una gran bocanada de humo, me agarró con su cálida mano del cuello y me atrajo hacia él.

— ¿Tienes miedo?

— ¡Sí!

— Aquí todos tienen miedo al principio. Pero no hay que tener miedo. Sobre todo si estás conmigo, no dejaré que nadie te haga daño. ¿Quieres fumar? Mejor, no fumes. Eres joven todavía, espera unos dos años... Tu madre y tu padre, ¿dónde están? ¡Ni padre ni madre! Pues bueno, tampoco son necesarios: ¡sin ellos también sobreviviremos, pero no tengas miedo! ¿Has comprendido?

Hacía mucho tiempo que yo no veía personas que supieran hablar con sencillez y amabilidad, con palabras claras: me resultó inconmensurablemente agradable escucharle.

Cuando me condujo hasta mi camilla, le pedí:

— ¡Siéntate a mi lado!

— Claro — accedió él.

— ¿Tú quién eres?

— ¿Yo? Un soldado, un verdadero soldado, del Cáucaso. Y estuve en la guerra, ¿podía ser de otro modo? El soldado vive para la guerra. ¡He combatido contra los húngaros, contra los circasianos, contra los polacos, con cuantos fue preciso! ¡La guerra, hermano, es una graaan bellaquería!

Cerré los ojos un minuto y, cuando los abrí, en el lugar del soldado se encontraba la abuela con un vestido oscuro mientras él, de pie a su lado, decía:

— Es muy probable que hayan muerto todos, ¿no?

En la sala retozaba el sol: la cubría por completo de oro antes de esconderse y luego nos regalaba de nuevo su mirada centelleante, como la de un niño después de una travesura.

La abuela se inclinó hacia mí y me preguntó:

— ¿Qué, palomito? ¿Te han hecho daño? Ya le decía yo al demonio pelirrojo...

— Ahora lo preparo todo conforme a las normas — dijo el soldado al salir mientras la abuela, enjugándose las lágrimas del rostro, decía:

— Nuestro soldado es de Balajná, fíjate...

Aún pensaba que estaba soñando y por eso guardaba silencio. Llegó el doctor, me vendó las quemaduras y, poco después, la abuela y yo ya avanzábamos en un coche por entre las calles de la ciudad. Ella me contaba:

— ¡Pues nuestro abuelo ha perdido del todo la razón, se ha vuelto tan avaricioso que solo mirarlo te revuelve las tripas! Y

además, hace poco el peletero ese al que llaman el Látigo, su nuevo amigo, le ha robado cien rublos del salterio. ¡Para qué queríamos más, buf!

El sol brillaba con intensidad, las nubes flotaban en el cielo como pájaros blancos y, al tiempo que nosotros progresábamos por una pasarela sobre el Volga, el hielo resonaba al hincharse, chapoteaba el agua bajo las planchas de la pasarela y sobre la catedral de color rojo carne refulgían unas cruces de oro. Había allí una mujer de amplios mofletes con un haz de suaves ramas de sauce en sus brazos: ¡la primavera avanzaba y pronto llegaría la Pascua!

Mi corazón comenzó palpar como una alondra.

—¡Te quiero mucho, abuela!

Aquello no la sorprendió y con voz pausada me dijo:

—¡Porque eres carne de mi carne, pero a mí, y no lo digo por presumir, también me quieren los extraños, gracias a ti, Virgen mía!

Y, sonriendo, añadió:

—¡Mira, pronto estará ella alegre, su hijo va a resucitar! Y sin embargo mi hija, Variusha...

Y se calló.

